

— Pero si esperamos á que ya estén lejos...

— No se perderá nada, créame usted; para darles alcance podemos disponer de venticuatro horas, y durante ese tiempo nada tienen que temer los presos porque antes de ocuparse de ellos se disputarán las perlas.

— Otra cosa. Podemos perseguirlos con los habitantes del campamento cuando regresen del trabajo.

— ¡ Ah! — exclamó Ben. — ¡ Cómo se conoce que no sabe usted lo que es esta gente! ¿ Qué cree usted que harán los malabares de Adam en cuanto lleguen y se enteren de lo ocurrido? Pues llorar un poco y acostarse sin pensar ni en vengarse ni en reanudar el trabajo. Todo el valor de esa gente se ha ido con el shaif, quien debía estar bien malo, para dejarse prender.

— ¿ De modo que no hay nada que hacer?...

— Sí; hágase usted Cristal-Dagger, milord.

— ¿ Cómo?

— Para aullar es preciso hacerse lobo... Verá usted, dentro de un momento la marea arrojará á la playa los cuerpos de esos infelices no devorados por el tiburón... Mucho ha de ser que en alguna mano crispada no encontremos un puñal de cristal...

— Y si lo encontramos...

— Según la ley por la que se rige esa gente todo hombre poseedor de un estilete de ese género es gentil-hombre miembro de derecho de su asociación; de modo que usted, en posesión de uno de esos cuchillos, puede reclamar su parte en el botín, es decir, el duelo real y terrible contra quien quiera disputarle los prisioneros por quienes se interesa usted tanto.

## IV

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
DUELO AL « REQUIEM *Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO*

Habiéndose detenido un momento el conde, la vizcondesa experimentó la necesidad de manifestar su opinión.

— ¡ Qué costumbres tan extraordinarias las de esa gente! — exclamó.

Y contagiadas por el ejemplo, todas las señoras, que ya llevaban demasiado tiempo en silencio, quisieron mover un poco sus lenguas respectivas.

— ¡ Tratar de ese modo á las mujeres! — dijo una.

— Traficar con ellas, quería usted decir.

— Lo extraño es eso de matarse ofreciéndose á un tiburón... ¡ Qué barbaridad!

— Parece así como si dudaran ustedes de que tales cosas puedan suceder, — intercaló la opulenta, en carnes, baronesa de Lampessadas. — Pues mi segundo esposo Domingo y Souza me contaba sus viajes en Polinesia; y cuando le parecía que yo dudaba de la veracidad de su relato, no dejaba de recomendarme que fuera personalmente á comprobar la exactitud de sus palabras... Claro que nunca fui, ¿ sabe usted?

Esta salida de la baronesa hizo más daño al conde que las exclamaciones dubitativas de su auditorio. Sin embargo, con su habitual aplomo se apresuró á declarar:

— Señoras, ahora no hablo de mis impresiones de

viaje en América, sino de lo que me ocurrió en la India meridional; y como el doctor A... aquí presente, ha visitado ese país, espero que se dignará corroborar cuanto digo... ¿No ha visto usted alguna vez, doctor, en las costas donde se cria la ostra perlera, algún combate como el de que hablaba yo ahora mismo?

— Sí por cierto; — replicó dulcemente el interpelado.

El conde Enrique esperaba esa contestación afirmativa; sin embargo, pareció sorprendido y hasta contrariado al oírlo.

— ¿Ha presenciado usted algún duelo al « requiem »? — preguntó de nuevo.

Sonrió tristemente el doctor, y dijo enseguida:

— Sí, señor; fui testigo de una de esas luchas, en la cual un hombre á quien considero como mi mejor amigo desempeñaba papel importantísimo.

— ¿Puedo preguntar á usted su nombre? — dijo el conde. — ¡He conócido allí tanta gente!...

— Acaba usted de hablar de él, caballero. Mi amigo era el Shaif de los hermanos de la concha; el mismo cuyo cuerpo inerte se llevaron los Cristal-Daggers en presencia de usted... El pobre tenía dos balazos en el cráneo.

En los labios del conde Enrique se dibujó una sonrisa imperceptible, mientras el auditorio se estremecía de horror. Aquel doctor desconocido resultaba ya menos insignificante, y su terrosa fisonomía comenzaba á interesar á las señoras, las cuales se dedicaron á examinarle con alguna atención, sorprendiéndose ellas mismas de que les pareciese más enérgica que poco tiempo antes.

— Marqués, — exclamó la de Aubinesco, — estas señoras no le perdonan á usted que nos haya ocultado los talentos de su amigo... Y en cuanto á usted, doctor, conste que nos debe usted el relato de los extraordinarios acontecimientos ocurridos durante su estancia en Ceilán, y que no se lo perdonamos.

El doctor A... se turbó de modo visible: le intimidaba verse objeto de la curiosidad de toda aquella gente.

— No me ha ocurrido nada que merezca la pena de ser contado; — dijo al fin. — Como ya he tenido el honor de manifestar á usted, fui allá en busca de fortuna, y volví más pobre de lo que fuera. El señor conde,

que tuvo más suerte que yo, podrá decir á ustedes que me equivoqué sin duda buscando inocentemente las perlas en el mar.

Enrique de Corpo-Santo miró á su vecino como si quisiera leer en el fondo de su pensamiento; las palabras que acababa de pronunciar tenían para él doble sentido.

— Bueno, pero si á usted no le ha ocurrido nada, — insinuó la baronesa — en cambio le ha ocurrido á gentes que usted dice conocer. Conque venga la historia de su amigo, el jefe de los buceadores, ¿sabe usted?

— Vamos, doctor, no se haga usted de rogar; — dijo el marqués de Kerbiroet.

El conde se sonrió al oírlo.

— Permitan ustedes; — dijo — veo, con la natural satisfacción, que el final de mis aventuras interesa á ustedes muy poco. Eso no obstante, voy á terminar de oficio mi relato en pocas palabras.

Como lo anunciara Ben, la marea arrojó á la playa tres cadáveres, de los que uno solo estaba casi intacto, el de Galaor cuya mano empuñaba aún el cuchillo de cristal. Tomé el arma, y sin esperar el regreso de los habitantes del poblado nos pusimos en camino en dirección nordeste, llegando por la noche á una llanura pequeña guarnecida por una cintura de colinas, en la que se encontraba el campamento de los gentileshombres del estilete.

Nuestro guía estaba, por lo que ví, bien informado. El recibimiento que me hicieron mis nuevos asociados no fué que digamos muy simpático, pero tampoco se trató de hacerme tajaditas en cuanto vieron entre mis manos el arma de la cofradía.

En aquel momento era el capitán el poseedor de las dos prisioneras; fuimos á disputárnoslas á tiros y tuve la suerte de volver solo.

Fuí durante una noche capitán de los Cristal-Daggers; pero al siguiente día por la mañana, satisfecho de mi efímero reinado, y seguro de que no me sería posible hacer nada bueno de aquellos brutos, conduje á las dos mujeres, que eran jóvenes, al pueblucho de Adam y allí cobré en perlas el precio del rescate de las cautivas.

— ¿Y nada más? — preguntó la terrible baronesa observando que el conde tomaba una silla.

— Nada más, señoras. Ningún incidente digno de mención señaló nuestro regreso á Francia, á no ser la deserción de Ben, que nos abandonó, llevándose una buena parte de nuestros bagajes, en el número de los cuales no se encontraba, por fortuna, la matela más importante.

En el salón en que todos estaban reunidos, hubo un momento de silencio.

Nadie pensaba en felicitar, según costumbre, al orador, cuyas últimas breves palabras parecían como una burla hecha al auditorio, comparándolas con los interesantes párrafos que pronunciara al coménzar su relato.

— ¿Sabe usted, amigo mío, — dijo la baronesa de Lampessadas haciéndose intérprete del sentimiento general, — que ha terminado su historia demasiado secamente? La verdad es que esperábamos un final más brillante ¿sabe usted?

Sí que lo sabía el conde. Pero si había descuidado sus efectos oratorios y terminado con algunas frases insignificantes un relato que prometía, era sencillamente porque desde que entrara en escena el doctor A... hallábase dominado por una preocupación que le molestaba en gran manera.

Enrique de Corpo-Santo acostumbraba cuidar mucho, manteniéndolo vivo, el interés de sus narraciones, en las que sabía introducir personajes, como Ben, destinados á entusiasmar á su auditorio llegado el momento del desenlace. Pero aquel día la idea de conservar el beneficio de los aplausos parecía haberle abandonado, y esto á partir del momento en que el protegido del marqués Trogoff hubo de revelarse como un verdadero conocedor de los lejanos países de que él hablaba.

— Nada, que no conozco á ese hombre, — decíase examinando al doctor á hurtadillas; — no lo he visto en mi vida... Y sin embargo yo creía conocer á todos los jefes de los hermanos de la concha y á todos los gentiles hombres del estilete...

— Me parece, señoras, que eso son aventuras... — dijo la vizcondesa.

Sus palabras constituían una invitación al aplauso y á las manifestaciones de agrado, pero el círculo femenino permaneció frío... En aquel salón de la plaza de la Estrella pesaba, sin que sepamos decir porqué, algo así como cierta ansiedad; y la presencia de los dos aventureros reunidos á tanta distancia del teatro de sus hazañas impresionaba más vivamente á aquellas damas que el relato de aquéllas.

Sin que ninguno de los allí presentes hubiese participado á su vecino los sentimientos que le dominaban, es lo cierto que todos y cada uno sentíanse oprimidos como por un vago temor de tragedia misteriosa: de una tragedia cuya acción, empezada al otro extremo del mundo, podía muy bien continuar y desenlazarse en pleno París.

La más fuertemente impresionada por ese indefinible sentimiento de temor ó de aprensión era sin duda Ivona, la prometida del conde de Corpo-Santo. En cambio su vecina, Amy de Kerbiroet, parecía perfectamente calma y tranquila. No era ella mujer que se emocionase fácilmente.

Por su parte la vizcondesa era la única que parecía plenamente satisfecha. Aquella fanática aficionada á las aventuras inverosímiles, tenía bastante, para su satisfacción, con el fondo de los relatos; la forma le era indiferente. Y satisfecha en aquel momento, hallábase indignada por la extraña reserva de sus amigas.

Deseando ver si era posible romper un poco el hielo, hubo de exclamar:

— A todo esto, aun no nos ha dicho usted, Enrique, porqué esos bandidos de que nos hablaba usan estiletés de cristal en vez de servirse sencillamente de cuchillos como los nuestros.

— Particularidad es esa acerca de la cual no me he informado; — contestó el conde. — Tal vez el uso de ese estilete envenenado es general en la India. ¿No lo cree usted así, doctor?

— No, — dijo éste en voz baja. — Los puñales de cristal no son conocidos más que en la Pearls Shea, en la bahía de las perlas, y si esto es así es porque para ello había una razón.

— ¿Había? — repitió el conde. — ¿Se han dispersado ya acaso los gentileshombres del estilete?

— Han muerto, — contestó fríamente el doctor. — El *shaiif* de la concha los mató á todos, hasta el último, antes de embarcarse con rumbo á Francia.

El conde de Corpo-Santo palideció ligeramente: una cosa llamaba su atención en las palabras del doctor:

« El jefe de los hermanos de la concha habíase embarcado con rumbo á Francia. »

Complicábase la acción del drama; y el huracán de las ideas románticas ó espeluznantes soplaba con fuerza entre los amigos de la vizcondesa.

Por una de esas extrañas contradicciones que forman el fondo de la idiosincrasia femenina, y aun antes de que él hubiese hecho nada para obtener tal éxito, el doctor A... fué de pronto el punto hacia el cual convergieron todas las miradas admirativas

— Ha caído usted en el lazo, — le dijo sonriente la de Aubinesco, — y no hemos de perdonarle ni el más insignificante detalle. Que quiera usted ó que no quiera, ha de contarnos todas sus aventuras, todas sus historias. Todas, todas...

— No sé más que dos, — replicó el doctor. — La de la invención del estilete de cristal y la relativa á la destrucción de los bandidos que lo prostituyeron, apartándole del noble uso á que estuvo destinado primitivamente.

He aquí la primera historia.

Por el año de 1830 las pesquerías perleras, hasta entonces muy florecientes, hubieron de reducir mucho la explotación porque en menos de tres días desaparecieron hasta una treintena de buceadores.

Reinaba el pánico en la bahía; numerosas familias vestían luto y los buceadores se negaban á reanudar el trabajo. El miedo era sencillamente horrible. Hasta la época á que me refiero nadie había visto un solo tiburón por aquellas latitudes, y he aquí que de pronto se presenta todo un ejército de ellos, un verdadero banco de emigración. Cuantos medios se emplearon para destruirlos resultaron inútiles. El almirantazgo envió dos balleneras que perdieron el tiempo. Por fin, un travan-

coriano de los montes Cálamos propuso á las pesquerías la adopción de un arma capaz de matar un escualo con un simple pinchazo de la misma. Hizo él dos experimentos concluyentes, y poco después los buceadores malabares, armados del estilete, volvían al fondo del mar.

Unos setenta y cuatro tiburones murieron durante aquel año, gracias al estilete del travancoriano, sobre cuya hoja, por ser de cristal, no tenía acción alguna el agua salada.

En lengua *pali*, que es un derivado del indostán que se habla en Ceilán, se da á ese cuchillo el poético nombre de *pata-siramara* ó lo que es igual, porta-surco-destructor, á causa de la vena emponzoñada que se encuentra en el centro de la hoja. Pero á los ingleses les pareció más cómodo y más lógico llamarle Cristal-Dagger, y con ese nombre lo bautizaron.

— Es muy curioso eso que usted cuenta, doctor, — dijo la vizcondesa, quien dirigiéndose enseguida al conde, continuó: — Y me extraña, Enrique, que no se hiciera usted explicar el origen de esa arma por su simpático guía Ben.

— Ned, señora; es más corto, — contestó el conde imitando la voz de su guía indio. Luego añadió en tono serio: — No le extrane á usted; Ben era un charlatán más que otra cosa. Si hubiese sabido esa leyenda tenga usted la seguridad de que no habría dejado de contármela.

La de Aubinesco miraba en aquel instante á su sobrina y á Amy que hablaban en voz baja.

— Mientras las jóvenes terminan sus confidencias — dijo — ofrezca usted un grog al doctor, amigo Jaffary; es misión algo menos peligrosa que la de un viaje á la India, ¿no le parece á usted?

Ruborizóse como una muchacha el joven estudiante en derecho, é hizo lo que se le mandaba, no sin murmurar con voz dulce pero en tono serio:

— A la India y aun más lejos iría yo y arrastraría toda clase de peligros si me fuese dado esperar...

La vizcondesa le oyó, pero se abstuvo de pedirle que completase la frase. Desde que conociera á Enrique se

propuso no alentar las esperanzas amorosas de su protegido.

— Vizcondesa, — dijo el marqués, — permítame usted que le haga observar que empieza á hacerse tarde; y como el doctor no se apresura á contar su segunda historia, temo mucho que esa locuela de Edmée no se impaciente y haga una de las suyas con las armaduras de mis antepasados; figúrese usted que de la galería ha hecho su sala de esgrima.

— Tiene usted razón, amigo mío, el tiempo pasa volando, — dijo la de Aubinesco. — Conque vamos á ver, doctor, esa segunda historia...

— ¡Sí, sí, la segunda historia! — repitieron todos los circunstantes.

— Mi segunda historia, — empezó á decir el doctor arreglando un poco la blanca corbata que apretaba su cuello y parecía congestionarle un poco, — mi segunda historia no es otra cosa que el último episodio de la vida indiana del *sháif*, de ese jefe á quien el señor conde de Corpo-Santo vió en el poblado de Adam, agarrotado con las dos mujeres prisioneras de los Cristal-Daggers. Y digo el último episodio de su vida indiana, porque me consta que aun no ha cumplido más que una parte de su tarea de justiciero. Su obra de reparación y de venganza la acabará aquí, en Francia, en París probablemente.

La vizcondesa estaba entusiasmada.

— No deje usted de presentárnoslo en cuanto llegue, doctor, — dijo.

— Me parece mucho que no me será posible complacer á usted, señora, — contestó el doctor.

— Mi amigo es un salvaje, tímido como un lebrato; además, preciso será que tome sus precauciones para no caer bajo el puñal de un asesino antes de haber cumplido por entero la misión que se ha impuesto.

Amy de Kerbiroet, sin mover apenas la cabeza, lanzó una mirada en dirección al conde, y sus labios se plugaron con una sonrisa amarga.

— Está tocado, — pensaba; — el doctor, desconocido para él, le causa miedo.

El doctor siguió diciendo.

— La narración hecha por el señor conde de Corpo-

Santo aumentará, como van ustedes á ver, el interés de la mía.

Sean ustedes pues que Alí-Akmet, el amigo de quien hablo, árabe de origen, hizo todos sus estudios en el colegio de Jesuitas de Ajaccio, en Córcega, gracias á la protección de un rico bienhechor, llamado Don Ricardo Sabielo.

Al oír este nombre, el conde Enrique se estremeció tan visiblemente que el menos curioso hubiera podido percatarse de su turbación, si la vizcondesa no hubiese preguntado enseguida, como lo hizo:

— ¿Ricardo Sabielo?... ¿No era el padre de nuestra querida Amy?

— El mismo, señora, — replicó el doctor, quien siguió diciendo:

— Quince años tenía Alí cuando salió del colegio y experimentó uno de los más grandes dolores de su vida. Con veinticuatro horas de intervalo hubo en efecto de perder á su protector y á la esposa del mismo, asesinada esta última en el momento en que daba la vida á dos huerfanitas...

Estaba sin duda escrito que el relato del doctor había de sufrir numerosas interrupciones.

— ¡Yo conozco esa historia! — exclamó la baronesa de Lampessadas. — Como que Ricardo Sabielo era uno de mis mejores amigos...

El semblante del conde aparecía impenetrable. Se hablaba de Alí y este personaje debía serle sin duda indiferente.

— Los padres de Alí, — siguió diciendo el doctor, — eran pobres y ya de edad avanzada; sin embargo, no quisieron dejar en el abandono á las dos niñas, y el joven hubo de trabajar para todos, siendo el consuelo de los ancianos y un verdadero padre para las pequeñas. Cuando éstas cumplieron los doce años, y aprovechando la circunstancia de haber encontrado un generoso protector, gracias al cual las huérfanas no corrían peligro alguno, el padre de Alí, que conocía al asesino de la viuda de Sabielo hubo de decir á su hijo:

— Va en busca de ese hombre y venga el crimen; piensa que mientras él viva, la existencia de las niñas

estará en peligro. Y el joven marchó. Marchó tanto más contento cuanto que sintiéndose enamorado pensó que sin perjuicio de buscar al asesino desaparecido doce años antes, no le sería difícil hacer un poco de dinero para asegurar el bienestar de su vida.

Durante cinco años recorrió Alí, en clase de turista, las diversas provincias asiáticas. Llegó por fin á la India y allí hubo de recorrer, solo, el mismo territorio que el señor conde acaba de describirnos. Justo es decir que en Manaar se olvidó durante algún tiempo del objeto de su viaje para dedicarse por su cuenta y riesgo al poco grato oficio de buceador, y fué entonces cuando tuvo ocasión de observar el miserable estado de dependencia, casi de esclavitud, en que vivían sus compañeros. Pero lo que más hubo de indignarle fué la fatalista apatía con que aquellos desgraciados se dejaban robar por los bandidos, sin oponerles resistencia, faltos de vigor moral para defender sus bienes, adquiridos á costa de muchos años de penoso trabajo.

Por aquella época ya no se servían los buceadores, para destruir los escualos, del famoso estilete de cristal, sino del doble tridente de hierro reconocido más útil y de empleo más cómodo; y las hojas de cristal, abandonadas por los buceadores se volvieron contra ellos. ¿Cómo? Sencillamente porque unos cuantos perdidos, expulsados de las pesquerías y asociados á traficantes ingleses que les compraban las perlas á bajo precio, pillaban continuamente á sus antiguos compañeros de trabajo; y como es natural, acostumbrados á no encontrar resistencia alguna, la audacia de los gentileshombres del estilete llegó á ser verdaderamente inaudita. El número de esos miserables se aumentó por aquel entonces con ocho forzados que evadidos de la isla Nou uniéronse á ellos, y á partir de aquel momento ya no se contentaron con las perlas, sino que robaron, para violarlas, cuantas mujeres se ponían al alcance de sus garras.

Alí Akmet fué el primero que les resistió, fundando en el poblado de Adam la asociación de los pescadores libres ó hermanos de la concha.

Gracias á esta fundación los Cristal-Daggers comprendieron que tenían perdida la partida si se dejaban

atacar por los hermanos de la concha, y se juramentaron para deshacerse del *shaif* bajo cuyas órdenes habianse acostumbrado los buceadores á defenderse, pensando, y pensando bien, que muerto éste, volverían fatalmente á ser los mansos corderos que fueron en otro tiempo.

Cuando el señor de Corpo-Santo tuvo ocasión de verle en el poblado de Adam cubierto de trapos sanguinolentos y agarrotado con dos mujeres, acababa de ser sorprendido el *shaif* por sus enemigos, en el momento en que una fiebre terrible dominaba su voluntad de hierro. Solo estaba el enfermo con sus dos guardianas; pero era tal el terror que inspiraba á sus enemigos, que éstos no se atrevieron á acercarse á la esterilla en que yacía sin dispararle antes dos tiros en la cabeza, á boca de jarro.

— ¡ Ah, cobardes! — exclamó el tímido Jaffary cuyos puños habíanse cerrado nerviosamente, de tal modo le impresionaba el relato del doctor.

— Sí, — siguió diciendo éste, y apoyándose en la chimenea de modo á poner en evidencia las cicatrices de su rostro. — Sin embargo, el más cobarde de todos ellos no se había mostrado aún.

Quince días permaneció Alí entre la vida y la muerte; pero vino luego la convalecencia y aun no habían transcurrido tres semanas desde que llegara al campo de los Cristal-Daggers cuando ya se presentaba al nuevo capitán.

El señor de Corpo-Santo ha enterado á ustedes, señoras, de cómo durante una noche fué capitán de esa gente, después de haber tendido á sus pies al jefe de la expedición que se apoderara de Alí-Akmet; pero se ha equivocado sin duda al decirnos que había devuelto al poblado de Adam las dos prisioneras...

— No, no me he equivocado, contestó secamente el conde Enrique.

— En tal caso preciso es convenir en que esas mujeres cometieron la tontería de dejarse prender por segunda vez durante la enfermedad de Alí-Akmet, porque este encontró en el campo de los Cristal-Daggers á sus dos compañeras de infortunio.

Hizo el doctor una ligera pausa y luego preguntó :

— ¿Podría usted decirme, señor de Corpo-Santo, por qué los gentileshombres del estilete, en vez de matar sin instrucción de proceso al *shaif* según acostumbraban hacer con los extranjeros, le dejaron restablecerse de sus heridas y volver á la vida?

— ¿Cómo quiere usted que yo esté enterado de eso, — replicó el conde con mal humor, — y por qué me hace usted esa pregunta?

— Le hago á usted esta pregunta por la misma razón que le ha obligado no hacer mucho á invocar mi testimonio; me pareció que podría usted contestarme gracias á las indiscreciones de su guía, que por lo visto estaba bien enterado de los usos y costumbres de los Cristal-Daggers.

— Pues no, señor; Ben no me dijo una sola palabra acerca de eso; — repuso el conde con cierto tono en que se transparentaba su impaciencia.

— Me parece que flaquea su memoria, señor conde; hace un momento decía usted, y estas señoras lo recordarán tan bien como yo, que « según las leyes de la asociación todo individuo poseedor de un cuchillo de cristal es gentilhombre miembro por derecho propio. » Y yo añadiré por mi parte, que á esos bandidos no les era permitido matarse entre ellos más que con armas iguales; un estilete de cristal no podía ser muerto más que en duelo por otro colega suyo.

Á esta particularidad, señoras, es á la que debió Ali-Akmet que no le rematarán después de herido y en cambio le permitieron convalecer; en su calidad de jefe de los hermanos de la concha, era en efecto portador del estilete tipo, del presentado en 1830 por el trabancoriano de los montes Cármanos, es decir del último cuchillo de cristal honrado.

Pues bien, Ali se presentó ante el capitán de los Cristal-Daggers, cubierto aún el rostro por el vendaje que sus heridas hicieron necesario, y no obstante la debilidad, consecuencia inherente á la pérdida de sangre y á la fiebre, reclamó su parte en el botín, con arreglo á su derecho; ó lo que es lo mismo, solicitó batirse.

Lo que Ali deseaba como botín era lo mismo que

deseara antes el señor conde: las dos mujeres, y esto con el objeto de devolverles enseguida la libertad; y como su condición de jefe le impedía batirse con un subalterno provocó al capitán, con tanto mayor motivo cuanto que le había parecido reconocer en él al asesino de la señora Sabielo, es decir, al hombre tras el cual andaba desde hacía tres años para asegurar, matándole, la tranquilidad de las dos huérfanas y vengar al mismo tiempo la muerte de su madre.

El capitán provocado tenía el derecho de escoger las armas. Decidió que el duelo sería al « requiem » tal vez porque su condición de nadador consumado podía ofrecerle una ventaja.

Ya saben ustedes, señoras, por el relato hecho por el señor conde, cuál es la naturaleza de ese combate salvaje, así llamado porque, en opinión de los marinos, acercarse á un tiburón equivale á tomar un pasaporte para el otro mundo; y también conocen ustedes cuál es el teatro de esas luchas, el mar, y que son luchas terribles, implacables, de las que raramente se sale victoriosos. Pues bien, el duelo de los cuatro Daggers de que habló antes el señor conde, Galaor, Werther, Poakman y Toby, no fué más que cosa de juego si se le compara con el que tuvo lugar entre el *shaif* y el capitán.

No vayan ustedes á creer que se verificó, como el otro, en la ensenada de la brecha de Adam. Los hermanos de la concha no trabajaban, y los gentileshombres del estilete hubieron de pensar que la vista de su *shaif* podía reanimar á los malabares y hacer peligroso un ataque de los mismos.

Por eso fué que una noche de tormenta, y en el momento en que el cielo cubierto de espesas nubes hacía la obscuridad impenetrable, los Cristal-Daggers ganaron silenciosamente la costa para proceder á los preparativos del duelo.

Estos se hicieron procurando ahogar todo ruido; y cuando una canoa enviada á la descubierta hubo señalado la presencia de un escualo, el capitán y Ali-Akmet se despojaron de sus vestidos no conservando más que su cinturón el primero, y el segundo los vendajes de su cara.

El mar estaba movido, el agua negra. Durante algunos minutos, casi un cuarto de hora, los dos adversarios nadaron en línea recta, sin pensar en atacarse, limitándose á cambiar entre ellos de cuando en cuando un grito, con el doble objeto de indicarse mutuamente su respectiva situación y con el de llamar la atención del escualo.

Furiosa ráfaga de viento movió de pronto la superficie líquida; retumbó el trueno, aumentó el volumen de las olas y estas comenzaron á romper unas contra otras con ruido ensordecedor. Como sucede con mucha frecuencia en aquellos parajes, la tempestad, en la que nadie podía pensar un momento antes, estallaba de pronto, con violencia extraordinaria.

En el preciso momento en que el huracán desencadenaba los elementos todos, dos voces que se elevaron á cuatrocientos ó quinientos metros de distancia dominaron el fragor de la tormenta.

— ¡ A mí ! — gritaba el capitán. — ¡ Ahí está el tiburón !

Y la voz de Ali gritaba :

— ¡ Por aquí !... ¡ el tiburón !

Nada tan fácil para los dos enemigos como huir el peligro, dejando cada cual á su contrario el cuidado de destruir al escualo ó de dejarse devorar por él; nadie podía verlos, y lo que hicieran había de pasar inadvertido para todo el mundo gracias á la obscuridad profunda, al caos espantoso que los aislaba de toda la creación. Pero la casualidad parecía querer disponer las cosas de otro modo y duplicar los peligros de muerte : en vez de uno, eran dos los tiburones que se movían cerca de los combatientes.

Al contarme las peripecias de este duelo, de que nada hay que pueda dar ni siquiera una idea, Ali-Akmet se estremecía, como si aun se hallase en aquellas horribles circunstancias.

Ambos duelistas eran nadadores consumados. Sin embargo, cuando Ali se vió atacado por el escualo, comenzó á dudar de la posibilidad de su triunfo. Cada ola que llegaba á estrellarse en su cabeza enferma producíale un vértigo, paralizando la acción de sus músculos. Gracias al instinto de conservación logró dominar aquella debi-

lidad; concentró su voluntad toda para disponer del resto de sus fuerzas al producirse el segundo ataque del monstruo, evitado ya el primero, y cuando un relámpago, surcando el cielo, le mostró al tiburón cerca de él, la enorme boca abierta y pronto á devorarle, pudo saltar fuera del agua á favor de vigoroso impulso, evitar el ataque, y hundir el puñal en un costado del monstruo en el momento de caer de nuevo al mar.

Y vean ustedes lo que es la mala suerte; agotado por el esfuerzo que acababa de realizar entre aquellas olas gigantescas, el pobre Ali no tuvo tiempo de alejarse, y el tiburón, al revolverse en un movimiento de agonía, dióle un terrible golpe con la cola, que estuvo á punto de quebrarle la muñeca y que fué causa de que el puñal se escapara de su mano.

Disponíase á bucear para ver si podía recogerlo, cuando la luz de un nuevo relámpago le permitió ver al capitán que se dirigía hacia él nadando velozmente. Y vió algo más : vió que su adversario, cuya cara aparecía contraída por la impresión de un odio bestial, tenía en la frente una cicatriz blanqueza. Fué cosa de un instante : lo que duró la claridad producida por el relámpago. Enseguida volvió á hacerse la sombra.

— Ahí debe haber algún otro misterio, como si lo viera; — interrumpió la baronesa. — ¡ Una cicatriz en la frente ! Ya procurará usted enterarnos de dónde y cómo recibió esa herida el capitán, ¿ sabe usted ?

— En un combate vergonzoso, señora. Esa herida era una marca infamante hecha por una víctima en la frente de su matador... El shaif no podía dudar de ello... ¿ Cómo había de dudar, si precisamente para castigar al portador de aquella cicatriz era para lo que había emprendido su viaje !

El conde de Corpo-Santo, con tono zumbón, exclamó entonces :

— Si ese capitán de quien usted habla, doctor, se hubiese peinado como yo, con una mecha á lo Girardin, su amigo de usted Ali-Akmet no le hubiese reconocido, y no habría tenido más remedio que continuar sus peregrinaciones sin sospechar siquiera con quien se había batido.

El doctor A... miró fijamente al conde, como si quisiera penetrar en el pensamiento de aquel hombre.

— ¿Qué interés podía tener en hacerlo? — dijo. — El capitán no era noble, y su nombre no podía compararse con el de usted.

A nadie escapó el tonillo desdenoso del doctor al pronunciar estas palabras.

— Por lo demás, señor de Corpo-Santo — continuó diciendo — aun cuando tuviese usted bajo esa mecha una cicatriz como la de que yo hablo, tengo la seguridad de que mi amigo Ali dudaría mucho antes de confundirle á usted con su rival. Sucede á veces que causas distintas producen el mismo resultado. Aquí me tiene usted á mí, sin ir más lejos. Atravesadas tengo las mejillas por dos balazos, y sin embargo, no soy el shaif... Es una coincidencia, extraña si se quiere, pero en fin, una coincidencia.

La vizcondesa se inclinó hacia el conde y le dijo al oído.

— Supongo que no tendrá usted inconveniente en levantar un poco esa mecha por darme gusto...

— ¿Sospechas tenemos? — contestó bromeando Corpo-Santo. — Pues sepa usted que el día que me case con su sobrina Yvona, adoptaré el peinado que sea más del gusto de usted.

— Continúo; — dijo entonces el doctor.

La energía humana está sometida á ciertas leyes que no es posible burlar á menos de haber perdido la razón.

El jefe de los hermanos de la concha tenía un deber que cumplir. No obstante verse desarmado, á pesar de que la sangre manaba de sus heridas abiertas de nuevo y aun cuando la fiebre parecía coronarle con un casco de hierro enrojecido, ni por un instante siquiera concibió la idea de rehuir el duelo, y esto ante el temor de que no volviera á presentársele la ocasión que entonces se le ofrecía.

Y mientras la tormenta seguía rugiendo en torno á ellos, en medio del océano en furor, una lucha indecible se entabló entre aquellos dos pigmeos, de los que uno solo estaba armado y era fuerte.

Sordos á la voz del trueno, insensibles al choque de las

olas enormes, ajenos á la grandiosa escena de destrucción que los rodeaba, arrojáronse el uno contra el otro, tomando como único testigo de su combate sin misericordia, á la irritada naturaleza.

Procediendo como lo hiciera antes con el tiburón, esto es, dando un salto desesperado, se arrojó Ali-Akmet sobre su adversario con la intención de empujarle por la garganta y ahogarle entre sus manos.

Pero la lucha era desigual. El capitán de los Crystal-Daggers evitó el ataque sumergiéndose en el agua, y al reaparecer aturdió á Ali, dándole un talonazo en lo alto de la frente.

En el instante mismo en que perdía el conocimiento experimentó el shaif una sensación extraña : parecióle que una mano le tomaba por los cabellos y que un círculo frío pasaba en torno de su cuello.

Quiso gritar, pero la voz se ahogó en su garganta. ¡Como que tenía esta atravesada, y casi separada del tronco la cabeza!